

vida, mas luego se declaró la herida no peligrosa con gran regocijo de oficiales y soldados. Al saber Bonaparte el infortunio de Abukir, exclamó con heroica serenidad: *Pues bien, es preciso morir aquí, ó salir con tanta gloria como los antiguos* (1).

Falta le hacia aquella grandeza de alma: porque si bien el jóven general republicano tenia absorto al mundo con tan atrevida empresa y con el modo maravilloso de ejecutarla, al cabo despues del desastre de Abukir se encontraba encerrado en el Egipto con solos treinta mil hombres, amenazado de una nueva confederacion de las potencias europeas contra la Francia. En efecto, era de esperar que Inglaterra no quisiera perder tan buena ocasion para alarmar y concitar á otras naciones, comenzando por Turquía, que inquieta ya desde la toma de Malta, pero mucho mas con la ocupacion de Alejandria y del Gran Cairo por los franceses, temia con razon la pérdida del Egipto, y aun sospechaba en Bonaparte otros mas gigantescos proyectos, hasta el de arrojarle despues sobre Constantinopla ó la India.

Así fué que antes que Talleyrand saliera de Paris á dar satisfaccion á la Sublime Puerta, el Gran Señor se mostró altamente indignado de la injustificada agresion de uno de sus mas importantes dominios, sin haber por su parte ofendido en nada á la república y estando en buenas relaciones con ella. En su primer enojo habria encerrado en el castillo de las Siete Torres al embajador de la república, el ciudadano Ruffin, á no haber mediado el ministro de Holanda, y mas especialmente el de España, don José de Boulogny, que á nombre de su soberano procuró templar al Sultan, y persuadirle de que la Francia no abrigaba intenciones hostiles contra la Puerta, y solo se habia propuesto castigar á los beyes de Egipto, ó enemigos tambien ó poco afectos al Gran Señor. Mas ni las razones del ministro de España bastaron á convencerle, ni su intervencion alcanzó á evitar que declarara solemnemente la guerra á Francia (4 de setiembre, 1798) ordenando la reunion de un ejército para la reconquista del Egipto (2).

Al mismo tiempo Nápoles, donde Nelson habia ido á cuidar su victoriosa aunque malparada escuadra, Nápoles, á pesar de los tratados que le unian con la república y del parentesco de su soberano con el español, abria todos sus puertos y astilleros al almirante inglés, el rey y la reina le recibian como á libertador del Mediterráneo, y mostraban abiertamente sus tendencias á hostilizar la Francia y á provocar un levantamiento general contra ella, excitando principalmente la Toscana y el Piamonte. El emperador Pablo I de Rusia acogió fácilmente las sugerencias de Inglaterra, y exaltada su imaginacion con el protectorado de la órden de Malta y con la idea de hacerse el caudillo de la nobleza europea, ofreció la cooperacion de sus ejércitos contra la república, en union con potencias que antes parecian enemigas irreconciliables. Mas remisa, y no tan pronta á decidirse la corte de Viena, como quien habia experimentado los efectos de la anterior lucha, y andaba todavia en negociaciones con Francia sobre indemnizaciones, no se resolvía hasta ver si Prusia salia de su neutralidad y entraba en la nueva confederacion; pero veíase ya su propension á unirse con las demás potencias. De todo esto previno y advirtió con tiempo al Directorio francés el emba-

(1) Perdieron los franceses en aquella batalla once de sus trece navíos de línea, nueve rendidos y dos quemados, cuatro fragatas quemadas, mil cincuenta y seis cañones, ocho mil novecientos treinta hombres, quemados, ahogados y prisioneros. Los ingleses tuvieron dos mil ciento ochenta muertos y seis mil seiscientos setenta y siete heridos.—Nelson fué elevado por el rey de la Gran Bretaña á la dignidad de par de Inglaterra con el título de baron del Nilo.

(2) «El gobierno actual de Francia (empezaba el manifiesto), mostrando profundo olvido del derecho de gentes, adopta como principio acometer á todas las potencias, amigas y enemigas indistintamente, y sembrar por todas partes la confusion y el desórden, ya por las armas, ya por medio de la sedicion. En virtud de este principio habia preparado con secreto el modo de trastornar el Egipto, provincia la mas preciosa entre todas las de este vasto imperio, y que es la entrada de las dos santas ciudades de Meca y Medina.—En vano se le hizo saber de oficio y con anticipacion que si emprendia tal proyecto habria una guerra sangrienta entre todos los pueblos musulmanes y la Francia, etc.»

ador español Azara; pero á pesar de los datos en que fundaba sus noticias y del buen concepto en que tenia aquel gobierno al ministro español, ni le dieron crédito, ni los hizo despertar de la confianza en que su orgullo les hacia dormir (3).

Luego se verá cómo se cumplieron las predicciones y los avisos de Azara, tan descreidos y menospreciados por el Directorio. En honor de la verdad, en esta ocasion el gobierno español, temiendo por una parte los progresos del sistema republicano, recelando por otra que en el caso de una nueva guerra europea habia de sufrir y expiar su amistad con la república, hizo laudables esfuerzos en favor del mantenimiento de la paz, por medio de sus representantes, y en este sentido trabajaron Onís en San Petersburgo, Campo Alange en Viena, y Azara en Paris. Ellos dieron margen á discusiones sobre arreglo, produjeron alguna demora de parte de algunos gabinetes, pero no alcanzaron á evitar la guerra, y España experimentó en efecto muy pronto sus consecuencias.

En tanto que una escuadra de la Gran Bretaña, reforzada despues con una flota portuguesa, bloqueaba á Malta poniendo en grande aprieto la guarnicion, otra expedicion de seis á siete mil ingleses partia de Gibraltar para acometer á Menorca. Descuidadas ó no muy atendidas las fortificaciones de la plaza desde los tiempos de Crillon, tampoco las tropas españolas que la guarnecian hicieron la resistencia que les imponia su deber, y que la nacion tenia derecho á esperar, y Menorca pasó otra vez á poder de los ingleses, mediante una capitulacion (10 de noviembre, 1798), en que se estipuló que la guarnicion española seria trasportada á un puerto de la Península. Entrega lamentable, tan dolorosa para España como deshonrosa para los jefes militares á quienes la conservacion y defensa de aquella importante posesion estaba confiada (4).

(3) Hé aquí lo que escribia Azara sobre este particular: «Les informé de todo (á los directores), para que viesen que la corte de Viena estaba resuelta á la guerra, su determinacion de no dar oídos á mediaciones, los medios que le suministraba la Rusia, y el fuego que soplabá Nápoles, sin que fuera posible contar de parte de Prusia mas que con una neutralidad inútil ó interesada. Dije tambien que los turcos iban á declararse á instigacion de los ingleses y rusos, pues habian ya intimado al encargado de Francia que quitase de su casa la bandera de tres colores, que no se presentase en público, y el modo atento, pero firme, con que habian respondido á los oficios de nuestro Boulogny.

«Nada de esto les hizo gran fuerza, y despues de agradecer mucho mis noticias y celo, me quisieron persuadir que á pesar de tantas apariencias la corte de Viena ni los turcos declararían ni harían la guerra, y lo que es mas, que si el proyecto de la paz del imperio y de la mediacion cuádruple proyectada surtía efecto, darían la ley al emperador y á la Europa. Me confiaron las cartas que acababan de recibir de Berlin en que el embajador Sieyes no dice nada que sea consolante, y envía la última declaracion que le ha enviado aquel ministerio, reducida á ofrecer sus buenos oficios con la corte de Viena, y á renunciar á sus Estados de la parte izquierda del Rhin sin exigir compensacion, con tal que el emperador no la exija tampoco en Alemania.

«Viendo la ilusion en que está este gobierno, me pareció necesario hablarle con la claridad y firmeza propias de un hombre de bien y buen aliado. Les dije, pues, que yo estaba lejos de tener la confianza que ellos tenían, y que juzgo del estado de las cosas de muy diverso modo; que tenia por infalible la guerra con el emperador, con la Rusia y con los turcos; que no se lisonjasen de lo contrario, porque á mi ver era una ilusion. Prosiguiendo en hablar con la claridad que me es natural, y ellos me toleran, les he repetido que veo todavia ventaja de parte de los enemigos; que la Italia les será mas contraria que favorable, y que comprendo en esto á sus nuevas repúblicas, por el rigor y crueldad con que han sido tratadas por los generales y comisarios; que la devastacion de Roma y de la Suiza habian salvado á Inglaterra, reuniendo al partido de la oposicion con el de la corte; que la expedicion de Bonaparte era una verdadera novela, y que yo nunca creeré posible que llegue á la India; que sin embargo, ha hecho el peor efecto posible, favoreciendo á nuestros enemigos, pues ya vemos que los turcos cierran sus puertos á los franceses y los abren á los ingleses y rusos; que por consiguiente Nelson será dueño absoluto del Mediterráneo con su escuadra, y dará un fuerte impulso á la guerra de Italia, donde los ultrajes hechos á la religion por los franceses les habian suscitado mas enemigos de los que ellos creian; y en fin, que así como yo tenia por imposible que los ejércitos aliados penetrasen en Francia, así tambien me parecia verosímil que los franceses serian vencidos fuera de su territorio.—No dieron muestras de quedar convencidos de mis razones, pero creo que les harían alguna fuerza.»

(4) Así se declaró en consejo de oficiales generales que el rey mandó formar, segun frecuentemente entonces se practicaba, para examinar la

Tampoco la Francia anduvo ni solícita ni cuerda para aprovechar las ocasiones que se le presentaban de dañar á la Inglaterra su enemiga, principalmente la que le ofrecían los descontentos de Irlanda, que ansiosos de sacudir la dominacion inglesa, prontos á alzarse contra ella, y ansiando y pidiendo el auxilio de Francia, y aun de España, por la antigua simpatía que hacía esta nacion y su gobierno conservaban los católicos irlandeses, una invasion oportuna en aquel país habria puesto en mayor aprieto y conflicto la Gran Bretaña. Pero el Directorio, preocupado con la expedicion de Egipto, dejó pasar la oportunidad, y en vez de emancipar á los irlandeses fué causa de que se apretaran mas los hierros de su servidumbre. Fiados aquellos patriotas en el socorro que de continuo les ofrecía la república, siempre al parecer preparadas las expediciones en los puertos de Francia, se insurreccionaron al fin; pero solos, sin auxilio, y mal armados y organizados, despues de varios combates, gloriosos algunos, y desgraciados los mas, vencidos y derrotados por los ingleses, el levantamiento no produjo sino victimas y castigos ejemplares. Entonces fué cuando el Directorio ordenó que se diesen á la vela dos divisiones navales con destino á desembarcar en Irlanda; pero la mayor, que habia de partir de Brest, no pudo salir del puerto por falta de fondos para pagar las tropas, y solo se embarcó la de Rochefort al mando del general Humbert con mil quinientos hombres, sin otro apoyo, y en la peor ocasion para los pocos insurgentes que habian quedado. Así fué que solo pudo sostenerse Humbert en Irlanda un mes justo, siendo el resultado quedar él batido y prisionero por el general Cornwallis (22 de setiembre, 1798), y descubiertos y deshechos todos los planes de la Union Irlandesa (1).

De todos los soberanos á quienes el gobierno inglés se habia dirigido excitándolos á la segunda coalicion contra Francia, el mas dispuesto, el primero y el que con mas resolucion se decidió á hacer armas contra la república francesa fué el rey de Nápoles Fernando IV, que alarmado y altamente resentido de las pretensiones y aun de los insultos de la república romana su vecina, y despreciando los consejos de su hermano el rey de España, y sin esperar los auxilios de Austria y de Rusia, se precipitó á la guerra (2). Siguiendo opuestos partidos los dos Borbones hermanos de España y Nápoles, no solo habia ya frialdad entre las dos familias, sino que daba Carlos IV por desposeido á su hermano de los reinos de Nápoles y de Sicilia en el caso de empeñarse este en una guerra contra la Francia, y habiéndole insinuado el embajador español en Paris don José Nicolás de Azara que no deberia malograr aquella ocasion para colocar en Sicilia al infante duque de Parma con título de rey, alegando que aquel reino habia pertenecido á España y no habia podido nunca renunciarse, la idea no solo halagó á Carlos IV sino que le inspiró el pensamiento de aspirar á coronar allí al infante don Carlos, su hijo segundo, manteniendo al de Parma en sus Estados. El embajador y el rey padecian en esto, el uno ilusion, el otro ceguera, pues nada estaba mas distante de las intenciones del Directorio que permitir, ni menos proteger el acrecentamiento del poder español con nuevos dominios; y si habia estimulado á Carlos IV á llevar la guerra á Portugal con el aliciente de apropiarse algunas provincias de aquel reino, hacíalo solo como medio de perjudicar á Inglaterra.

conducta del gobernador y demás que intervinieron en aquella rendicion desdolorosa, fallando que habian tenido medios y gente suficiente para la defensa.

(1) Los historiadores franceses, en general, tratan de estos sucesos con poca detencion, y acaso con estudiada parsimonia. Esto no obstante, y á pesar de la apología que dió á luz el Directorio, atribuyendo á fatalidad el mal éxito de las expediciones á Irlanda, difícilmente podrán lograr que no se califique de tardío, así el socorro llevado por Humbert, como el de la expedicion que luego salió de Brest, y que cayó tambien casi toda ella en poder de los ingleses.

(2) En la proclama que dió el gobierno de las Dos Sicilias se expresaba con la arrogancia que muestran las frases siguientes: «Los napolitanos mandados y llevados al triunfo por el general Mack, de lo alto del Capitolio tocarán rebato y muerte sobre el enemigo universal: nosotros anunciaremos á la Europa que es llegada ya la hora de que todos despierten. Desventurados piamonteses, agitada vuestras espadas, y herid con ellas á nuestros opresores.»

Resuelto pues el rey de Nápoles á emprender la lucha, empujado por la reina (3), por la famosa lady Hamilton, y por su primer ministro y favorito Acton (4), fiado en su alianza con Austria y en la proteccion de la escuadra de Nelson, á quien miraba como á un dios tutelar, haciendo tomar las armas á la quinta parte de la poblacion, hechas rogativas y novenas á todos los santos, incitados el Piamonte y la Toscana á sublevarse, nombrando general en jefe del ejército al general austriaco Mack, y decretados imprudentemente de antemano ciertos honores triunfales, emprendió Fernando su marcha sobre Roma, y franqueó la frontera (4 de noviembre, 1798) á la cabeza de cincuenta mil napolitanos. El general Championnet que mandaba las escasas y diseminadas tropas de la república francesa, concentró las que tenian Macdonald, Rey y Lemoine, y dejando guarnecido el castillo de Sant-Angelo salió de Roma, replegándose sobre Ancona y Civita-Castellana. Con esto entraron sin obstáculo en Roma (29 de noviembre, 1798) Fernando de Nápoles y el austriaco Mack, excitando el entusiasmo popular, y siendo objeto de locas ovaciones, en tanto que sus soldados saqueaban la ciudad, ultrajaban á los tenidos por revolucionarios, y exhumaban y escarnecian los restos del desgraciado Duphot.

Por muy cortos y breves dias gozó el monarca napolitano de su efimero triunfo. Empleando Championnet hábiles recursos y diestras maniobras, tomó muy pronto la ofensiva, y derrotada la vanguardia de Mack en Terni por las tropas de Lemoine, batido otro cuerpo napolitano en Fermo, deshecha por Macdonald la division de Colli en Civita-Castellana (4 de noviembre, 1798), rendidos á Championnet otros cinco mil napolitanos.

(3) Observa á este propósito un historiador francés que parecia ser destino de los Borbones de aquella época ser arrastrados á una inevitable ruina por el influjo de sus mujeres, aunque cada cual por distinto rumbo, y cita en comprobacion de ello los casos de Luis XVI de Francia, de Fernando IV de Nápoles, y de Carlos IV de España.

(4) Son dignos de notarse los personajes de la corte de Nápoles que influían y dominaban en el ánimo del rey Fernando. En primer lugar la reina. Esta señora, antes la archiduquesa Carolina, se habia propuesto por modelo á la emperatriz Catalina II de Rusia, cuyas pasiones dominantes fueron el amor y la gloria; pero sin su talento y sin sus medios, el deseo de figurar en el mundo la hizo olvidarse de su estado y de los intereses de su familia.—El ministro Acton, irlandés de origen, aunque nacido en Francia, y que habia estado al servicio del gran duque de Toscana, fué despues pedido á este por el rey de Nápoles. El de Toscana se le envió, pero advirtiéndole que si bien era un sujeto muy entendido, era tambien frecuentemente travieso, y por consecuencia muy peligroso. La conducta de Acton no desmintió este informe; él llegó á ser una especie de ministro universal, favorito del rey, y mas especialmente de la reina.—Lady Hamilton, esposa del embajador inglés de este nombre en Nápoles: mujer tan célebre por su hermosura como por sus escándalos. Nacida en Inglaterra, de humildísima cuna y de padre desconocido, niñera, cocinera y doncella de labor en sus primeros años, entregada despues á la prostitucion en Londres, recogida luego por un médico charlatan llamado Graham, que se decia inventor de un elixir de amor, para exponerla al público, dándole el nombre de diosa de la salud, cubierta solo con una gasa muy diáfana, en una de esas exhibiciones apasionóse de tan bello modelo Carlos Greville, sobrino del embajador de Nápoles William Hamilton, el cual la sacó del poder del medicastro su protector. La llevó en su compañía, y tuvo de ella tres hijos. Los apuros metálicos de este príncipe jóven le inspiraron el pensamiento de enviar su Emma (que este era su nombre) á su tío Hamilton, con la esperanza de hacerla objeto de especulacion y vergonzoso mercado. Hamilton en efecto se prendió de la querida de su sobrino en términos, que no solo se prestó á satisfacerle todas sus deudas á trueque de una accion ignominiosa, sino que se entrelazó en legítimo matrimonio con Emma con gran escándalo de la aristocracia de Nápoles, cuya corrompida corte aceptó sin embargo á lady Hamilton cuando el embajador se la presentó oficialmente. La misma reina Carolina hizo su amiga y confidente á la antigua prostituta, y tanto que por medio de la reina sabia lady Hamilton todo lo que pasaba entre las cortes de España y Nápoles y lo comunicaba á Inglaterra.—Ella fué la causa de que los ingleses apresaran los navíos españoles antes de la declaracion de la guerra. Aun no pararon en esto las aventuras de la famosa Emma. En las frecuentes excursiones de Nelson en las aguas de Nápoles tuvo ocasion de entrar en relaciones con lady Hamilton, y se hizo públicamente su amante. Juntos se refugiaron en Palermo, cuando Nelson trasportó en su escuadra los reyes y la corte de Nápoles, y cuando al año siguiente volvieron á aquella capital, lady Hamilton representó un papel horrible, en union con la reina y con Nelson, en los suplicios de los patriotas, como en adelante tendremos ocasion de ver.

litanos en las cercanías de Calvi, y entregadas las armas por otros cuatro mil en la Storta, solo un general de los de Nápoles, Roger de Damas, emigrado francés, logró, aunque a costa de sangre, ganar á Civita-Vecchia. Con esto volvió á penetrar Championnet en Roma (13 de diciembre), de donde huyó secretamente el rey de Nápoles embarcándose para Sicilia. El general Mack, despues de haber intentado sostenerse entre Capua y Caserta, hizo dimision de su mando y tomó el camino de Austria. El efecto que produjo en Nápoles la retirada y el regreso del rey formaba verdadero contraste con el júbilo que había embriagado al pueblo á su salida. Ahora generales, ministros, todos eran traidores á sus ojos, y gritaba y pedía armas para degollarlos, así como á los sospechosos de adictos á los franceses. Dióselas el rey, y encomendó la defensa de la capital á los *lazzaroni*, únicos que no participaban de la cobardía del ejército, de los nobles, de los ministros y del mismo soberano. Por último, no contemplándose este seguro en su propia corte, embarcóse con la reina y con Acton en la escuadra de Nelson (31 de diciembre, 1798), refugiándose en Palermo, llevándose las alhajas de la corona y los tesoros de los palacios de Caserta y de Nápoles, dejando incendiados los arsenales y encargado de la autoridad régia al príncipe Pignatelli, pero en realidad entregada la población á merced de aquella famosa plebe de Nápoles llamada *lazzaroni*.

Entre tanto Championnet que había salido de Roma avanzaba por el territorio napolitano. Estipulado á orillas del Volturno un armisticio con el austriaco Mack (11 de enero, 1799), de cuyas resultas estuvo este á punto de ser degollado por sus soldados, y se amparó en el campamento francés hasta poder fugarse á tierras del imperio, se adelantaba Championnet hácia Nápoles, donde los *lazzaroni*, exasperados y amotinados con la noticia del armisticio, cometieron tales excesos que obligaron al mismo Pignatelli á abandonar la ciudad, y eligiendo por jefe al príncipe Moliterni se prepararon á hacer una defensa desesperada. Con la intermediación del peligro crecieron los desmanes de aquella desenfrenada turba. Moliterni los abandonó, y se erigieron en jefes dos de la plebe llamados Paggio y Miguel el Loco. Todos los habitantes deseaban ya la entrada de los franceses, á trueque de librarse de los furiosos del populacho. Al fin determinó Championnet asaltar la ciudad: porfiada y heroica fué la resistencia de los *lazzaroni*; pero sacrificados algunos millares de ellos, prisionero uno de sus jefes, y bajo la promesa que se le hizo de respetar á San Gennaro, él mismo se comprometió á hacer deponer las armas á los suyos. Entró pues Championnet en Nápoles (23 de enero de 1799), restableció la tranquilidad, y erigió el reino de Nápoles en república con el nombre de *República Parthenopea*, constituyendo un Directorio al modo del de Francia. Tal fué el resultado de las locuras de la corte de Nápoles, así se transformó en el espacio de dos meses aquel reino, en esto pararon las ilusiones del monarca napolitano, y esta breve, pero gloriosa campaña valió á Championnet una grande y merecida reputación militar.

Mientras esto pasaba en Nápoles, otro trastorno de gran trascendencia se había consumado en el Piamonte. Estorbaba á los franceses aquel monarca y aquella monarquía, y dueños de la ciudadela de Turin, que ocupaba el general Joubert, apoyando á los republicanos y ayudándolos á apoderarse de las principales plazas de aquel reino, obligaron al monarca piamontés Carlos Manuel á abdicar su corona (9 de octubre, 1798), dejándole solo la isla de Cerdeña, y no erigieron allí república, contentándose con administrar interinamente el Piamonte, considerando sus provincias como departamentos de Francia, hasta ver el resultado de la guerra. Con esto, como observa un historiador ilustre, los dos mas poderosos príncipes de Italia, el de Nápoles y el del Piamonte, quedaron reducidos á la posesion de una isla de cada uno de aquellos Estados, Sicilia y Cerdeña. Y la Francia, que á principios de 1798 tenía solo tres repúblicas fundadas por ella, la bávara, la cisalpina y la liguriana, contaba en principios de 1799 con otras tres mas, la helvética, la romana y la parthenopea (1).

(1) La índole de nuestra historia no nos permite detenernos á referir

Sin que estos dos ejemplares, unidos á tantos otros anteriores, sirvieran de aviso á Carlos IV para comprender que el designio y el afán de la república francesa su aliada era destruir tronos y democratizar cuantos Estados pudiera, fiando todavía en la amistad del Directorio, sin escarmentar con pasados desengaños, y haciendo mérito para con él de haber desaprobado el proceder del rey de Nápoles y su ciega pasión por la Inglaterra, hasta el punto de haber desaparecido toda confianza entre las dos cortes y entre los dos monarcas hermanos, empeñábase en reclamar del Directorio el reconocimiento de sus derechos al trono vacante de las Dos Sicilias, alegando no haber podido su padre privarle de ellos renunciando aquella corona en favor de un hijo menor, y procurando lisonjear á la Francia con la idea de lo mucho que le convendría contar en aquellos países con un aliado fiel, como lo seria un infante de España. Excusado es decir que el Directorio recibió con desden una reclamación tan contraria á sus miras políticas, y gracias si oyó la proposición *con aire risueño y festivo*, como decía nuestro embajador en París, y sin mostrar escandalizarse de ella.

Así seguían las relaciones entre España y la vecina república durante el ministerio de Saavedra y el de Urquijo, que por enfermedad de aquel le reemplazó interinamente en el de Estado (2). Sin embargo, ni el carácter ni las ideas de Urquijo se avenían bien con las ideas y el carácter del embajador Azara, y como este se había captado el aprecio y la confianza del Directorio, é interesaba mucho al gobierno francés tener á la cabeza del de España persona que se encontrara en aquel caso, propasóse el Directorio á escribir á Carlos IV indicándole estar poco satisfecho de Urquijo, é insinuándole lo conveniente que podría ser á ambas naciones el que fuese reemplazado por sujeto que reuniese ciertas cualidades y condiciones, encargando además á su embajador Guillemmardet que al entregar la carta al rey le manifestase el gusto con que vería que confiase á Azara la secretaría de Estado. Era ya un paso mas de lo que antes había hecho con el príncipe de la Paz. Aunque Azara protestó no haber tenido conocimiento de aquella carta hasta despues de dirigida, y de ello avisó á Urquijo, con todo, resentido este ministro, y fundado en el principio innegable de que ningun gobierno tiene derecho á entrometerse en las cosas interiores de otro Estado, pero incurriendo él á su vez en lo mismo que con razon censuraba, hizo que el rey escribiera al Directorio, no solo acriminando el paso atrevido del embajador Guillemmardet, de quien suponía haber fraguado un papel que no podía ser auténtico, porque estaba seguro de que los directores respetaban el derecho y la libertad de todo soberano de elegir sus ministros, sino pidiendo su inmediata separación, por el agravio que á unos y á otros con su indiscreción y ligereza había hecho (3).

todos los medios insidiosos y nada hidalgos que así el Directorio ejecutivo como los generales de la república francesa emplearon por largo tiempo para poner al rey de Cerdeña en el duro trance y necesidad de hacer su abdicación, no obstante la lealtad con que se había conducido siempre para con la Francia aquel apocado príncipe. No estuvieron mas generosos con él cuando despues de la abdicación se refugió en Parma y en Florencia. La manera como los franceses arrojaron del trono al príncipe de Saboya hace que se extraña menos el dolo y los amaños que mas adelante pusieron en juego para destronar al monarca español, entonces tan amigo suyo, pues fueron como una copia de los que habían empleado en el Piamonte.

(2) Don Mariano Luis de Urquijo, oficial mayor de la secretaría de Estado, había estado supliendo á don Francisco Saavedra, sucesor del príncipe de la Paz, en el despacho de los negocios desde 17 de agosto de 1798. Restablecido un tanto Saavedra, fué nombrado Urquijo embajador cerca de la república bávara, mas como aquel hubiese vuelto á empeorar, continuó Urquijo en España haciendo el mismo servicio hasta el 21 de febrero de 1799, en que habiendo sido relevado Saavedra del cargo de primer ministro, fué nombrado Urquijo para desempeñarle, pero todavía en calidad de interino.

Don Andrés Muriel, que no perdona ocasion de sacar á plaza las flaquezas y debilidades, ciertas ó exageradas, de la reina, se expresa así á propósito de aquel nombramiento: «Dijose entonces que la presencia gallarda del oficial mayor de Estado contribuyó eficazmente á que lograrse el despacho interino del ministerio, si bien parece que la veledad de la augusta protectora fué pasajera, por motivos bien fundados al parecer.»—Dejámosle la responsabilidad de sus indicaciones y de sus juicios.

(3) Hé aquí algunos párrafos de esta notable carta: «Yo os pido que

La carta hirió vivamente á los directores, y hubiera tal vez bastado á producir un rompimiento, á no haber procurado el mismo Azara conjurar la tormenta, calmando á aquellos, y logrando que respondiesen en términos mas templados de lo que era de temer y de lo que acostumbraba aquel gobierno en casos tales, considerando como no sucedido todo lo que había pasado, diciendo al rey que esperaban que su ministro se condujera del modo que convenia á la amistad de las dos naciones, y ofreciendo por su parte prevenir á Guillemmardet que procediese tambien de manera que se hiciese agradable á S. M. (1). Con esto continuaron los dos en sus empleos, y Azara en su embajada de París, en mas intimidad todavía que antes con el Directorio, y en buena armonía, aunque menos verdadera que aparente, con Urquijo, pues no podía haberla muy sincera, atendidas, como ya hemos indicado, las ideas y las relaciones de cada uno, afiliado el de París al partido que podía llamarse mas moderado del Directorio, y en amistad el de Madrid con hombres que pertenecían al bando de los mas exaltados (2).

Habíase en este tiempo realizado aquella gran cruzada contra la Francia que se llamó la segunda coalición europea. No obstante las negociaciones de Rastadt, las conferencias de Seltz, la embajada de Sieyes en Berlin, y la de Reduin en Viena, las advertencias del embajador español en París, y todo lo que podía conducir á crear alguna esperanza en el mantenimiento de la paz, el emperador Pablo I de Rusia, el iniciador y el campeón de aquella cruzada, había ya estipulado y firmado sus tratados con las cortes de Austria, de Nápoles, de Turquía y de Inglaterra (3), y concertado entre otras cosas con el emperador Franciscó que pondría inmediatamente en marcha para el Danubio sesenta mil rusos. Ni Francia ni Rusia pudieron sacar de su sistema de neutralidad á la corte de Berlin, por mas que una y otra solicitaban su alianza, y no obstante la promesa del Czar de asistirle con otros cuarenta y cinco mil hombres, cuyo sueldo correría de cuenta de la Gran Bretaña. Mucho trabajó tambien para hacer que España se separara de la alianza con la república y entrara á formar parte de la coalición, en cuyo triunfo tan vivamente se interesaba. Ofrecimientos de hombres, de navios, de dinero, de tratados ventajosos con Inglaterra, halagos de toda especie, amenazas en caso contrario, todo lo empleó el Czar para ver de conseguir

le perdones (al embajador) el agravio que os ha hecho en suponeros autores de las ideas del papel. La moderación, la libertad á todo gobierno de establecer agentes á su placer respetando sus elecciones; la fidelidad en el cumplimiento de las promesas; la inviolabilidad con que las haceis ejecutar; hé aquí vuestro carácter. Repetidas pruebas habeis dado de ello para que yo no lo recuerde, á fin de que me deis una mas, separando á este embajador Guillemmardet, que ha querido manchar vuestras opiniones. Confío en que lo hareis al instante por vosotros mismos, y que vivireis seguros de que cuando yo elija á un vasallo mio para un empleo, sea el que quiera el rango de su persona, es porque le juzgo á todos títulos acreedor y digno de él; y que ellos le han ganado la confianza de mis vasallos. En este número entra Urquijo...» Menciona algunos de sus servicios, y añade: «No presentará un solo testimonio de lo contrario el ciudadano Guillemmardet, y se atreve sin embargo á desaprobar una elección mia, y pedir que yo coloque en los puestos y empleos á los sujetos que merezcan solo su opinion personal, y finalmente á intentar prescribir reglas de la manera con que me debo conducir... etc. De este mi Real Sitio de Aranjuez, 22 de febrero de 1799.—Vuestro buen amigo Carlos.»—Expediente reservado, formado con motivo de la nota que pasó el embajador Guillemmardet, cuando fué exonerado del ministerio el señor Saavedra y nombrado Urquijo. Carta del rey al Directorio y contestación de este. —Archivo del ministerio de Estado, leg. 49, núm. 45.

(1) De todo esto dió cuenta Azara en carta que mas adelante (26 de noviembre, 1799) y con este motivo escribió desde Barcelona al príncipe de la Paz.

(2) Urquijo había sido uno de los jóvenes designados por Florida-Blanca para destinarlos á la diplomacia, y como tal le protegió Aranda haciéndole nombrar oficial de la primera secretaría de Estado, cuyo favor movió al Santo Oficio á aflojar en el proceso que se le había formado por su Discurso preliminar á la traducción de la tragedia de Voltaire titulada *La Muerte de César*. A pesar de eso, todavía en la sentencia le declaró *algo sospechoso* de participar de los errores de los modernos filósofos. Ocasiones tendremos de juzgar á Urquijo, así por los actos de su administración en esta época, como por el papel que hizo despues de la invasión de España por los ejércitos de Napoleón.

(3) Todos estos tratados se hicieron en fines de 1798.

que Carlos IV renunciara á su amistad con la república; pero todo fué inútil, y lo que hizo el monarca español fué ponerlo en noticia del Directorio, protestando nuevamente de su adhesión y de sus sinceros deseos de conducirse en todo como un aliado fiel y constante.

Bien necesitaba Carlos IV de estas protestas y de estas pruebas para acallar las insaciables exigencias y las incesantes reclamaciones del gobierno y del embajador de la república, que acostumbrados á las docilidades de nuestra corte, y como si temiesen ahora que nuestra alianza se les fuera de entre las manos, apenas dejaban pasar día sin emitir quejas, ó reclamar nuevos servicios, ó exigir mas seguridades de unión entre las dos naciones, pareciéndoles pocos cuantos sacrificios en favor de nuestra aliada se hacían (4).

Y sin embargo, la iniciativa de la guerra partió de la Francia, cuyo gobierno, llevado de su afán revolucionario, y envanecido con los triunfos de las anteriores campañas, quiso anticiparse á tomar en todas partes la ofensiva. Mas ni la elección de generales fué acertada, ni el número de sus tropas disponibles correspondía á las fuerzas que presentaban los aliados, ni su distribución se hizo de la manera mas conveniente. Conocemos las causas de todo esto, que nacían de sus discordias interiores y de recíprocas quejas y ofensas entre directores y generales, que mutuamente se achacaban cohechos, malversaciones y agiotajes escandalosos. Lo cierto es que por motivos de esta especie los mejores generales, como Joubert, Championnet y Moreau, ó habían hecho dimision, ó habían sido separados, ó estaban tenidos en una postergación injusta, y los otros se hallaban en Egipto con Bonaparte, y hubo que confiar el mando de los ejércitos que habían de operar en el Danubio, en la Helvecia, en Holanda, en el Rhin, y en Italia, á Jourdan, á Massena, á Bernadotte, á Scherer y á Macdonald. Todas las fuerzas de la Francia para cubrir la extensa línea desde el Tegel hasta el golfo de Tarento se reducían á ciento setenta mil hombres, hasta que pudieran ser aumentados con la nueva conscripción; mientras que sola el Austria podía presentar en batalla mas de doscientos veinte mil hombres efectivos, Rusia había aprontado setenta mil, mandados por el célebre Suwarow, y se acercaban á trescientos mil los de los coligados, sin contar los reclutas, á mas de anunciarse otros dos contingentes rusos combinados con tropas inglesas, con destino el uno á Nápoles y el otro á Holanda.

Así fué que la campaña comenzó bajo los auspicios mas desfavorables á los franceses. Jourdan, que se había situado entre el lago de Constanza y el Danubio, á pesar de su valor y del de sus tropas fué derrotado en Stokach por el archiduque Carlos, y obligado á retroceder (25 de marzo, 1799). Massena en los altos Alpes había sufrido pérdidas y obtenido algunos triunfos. Peor todavía iban las cosas en Italia para los franceses. Allí perdió Scherer la célebre batalla de Magnano (5 de abril), con que acabó de perder tambien el escaso crédito que entre sus soldados tenía, y retiróse al Oglio, y despues al Adda, ignorándose hasta dónde iría en su retroceso. De modo que al mes y medio de campaña los ejércitos franceses de Alemania y de Italia, aun antes que llegaran los rusos con Suwarow, volvían batidos á las fronteras, y solo en Suiza se mantenía Massena, merced á la tenacidad de su carácter. Al disgusto de estos primeros contratiempos de la guerra se agregó el del atentado horrible que á los pocos días se perpetró contra los plenipotenciarios franceses de Rastadt. Considerándose como terminado el congreso, aquellos ministros determinaron partir para Strasburgo, dispuestos á volver á las negociaciones si fuese menester. Realizaronlo la noche del 28 de abril, pero á poca distancia de la población víronse acometidos por una partida de húsares austriacos, que deteniendo los carruajes, informán-

(4) Nota de Talleyrand á Azara, dándole quejas del gobierno español. Archivo del ministerio de Estado, leg. 49, núm. 26.—Idem del embajador francés sobre infracciones del Tratado de Basilea que dice haberse cometido con perjuicio de la Francia: Ibid, núm. 35.—Del mismo remitiendo un estado de todas las reclamaciones que ha hecho, y á las que dice no haber recibido contestaciones categóricas: Ibid, núm. 52.—Del mismo, oponiéndose á la embajada del duque de Parque á Rusia: núm. 66.—Del mismo, suponiendo haber salido de nuestros puertos un buque en busca del almirante Nelson: núm. 74, etc., etc.